

# A los labradores indiferentes

Ángel Sarmiento González

No lo dudo. Ni la ignorancia adoctrinando multitudes, ni vuestro malévolo apartamiento de nosotros, ni los augurios de una muerte próxima de nuestra madre Sociedad, ni el descontento de aquellos que se van por no satisfacer sus raras e impremeditadas exigencias, ni por el enemigo que se divisa en lontananza que con la precursora fiebre del negocio, trata de distraer nuestras solidarias aspiraciones, jamás podrán entibiar mi fe.

Sí, indiferentes labradores, es triste, es doloroso, es desolador que cuando la masa inapocada de nuestra clase se lanza a la pública palestra a ajustar por nuestros intereses, empuñando el látigo de la invectiva con que ha de cruzar a cuantos enemigos nuestros se presenten, sean chicos o grandes, sabios o ignorantes, vosotros lo veáis con desdeñoso encogimiento como si no os quedase ni un resto de hombría.

Es cuasi criminal en vosotros, esa indiferencia, ese alejamiento, puesto que con tan reprochable proceder no nos ayudáis a echar los cimientos en terreno un tanto movedizo de un gran edificio que mañana será de solidez incommovible con sus bóvedas, con sus torres, donde la vida sea digna de ser vivida, donde la profesión de odio se transforme en amor hacia vuestros semejantes.

Acaso un edificio de cartón o de lienzos guiados por la transcendental retina. No lo hagáis, apartaros de ello.

No creo encontraréis razón alguna que justifique, ni aún disculpe vuestra indiferencia. Encontraréis difícil nuestra labor al recorrer con vuestra mente el espinoso camino que conduce al augusto monte de nuestros principios, pero sin desmayos ni desalientos a él podemos llegar pulquérrimos sin el espectáculo de menguadas luchas, sin la bajuna condición del desprovisto de buena laya. Allá va un ejemplo: Jesucristo no aduló a nadie, adoctrinó en todas partes, siempre a todas horas dijo la verdad; murió escarnecido, injuriado, y sin embargo sus ideas, sino practicadas con la pureza del Maestro llenaron el mundo. Cierto es que nosotros distamos mucho, de ser Jesucristos, pero tampoco la clase labradora es el bárbaro y corrompido pueblo de Judea.

Ahora, indiferentes labradores, después de ese ejemplo, yo os invito a que no aduléis a nadie, a que defendáis en todas partes lo bueno, que sin grandes esfuerzos, ello solo se abre paso a que nos ayudéis a sembrar la fructífera semilla de la unión sin desmayar un momento, y, créanmelo, porque D.<sup>a</sup> Experiencia me lo ha enseñado, que de cien semillas que sembremos, el noventa por ciento caen en buen terreno, aunque tarden en germinar.

Percataros bien de la obra que un puñado estamos realizando; analizadlo detenidamente, emanciparos de vosotros mismos, sacrificad algo vuestros egoísmos, ahogad vuestra concupiscencia y veréis cómo ni os faltan bríos ni entusiasmo para luchar por nuestra causa.

No os hagáis ilusiones, perseverad en todo, procurad siempre pisar en terreno firme para no fracasar, y con una grande voluntad si vosotros nos ayudáis, el mundo será nuestro.

RAMÓN GENTELISA (seudónimo de Ángel Sarmiento González), "A los labradores indiferentes" en *El Auseva*, 3 de julio de 1909, año XIX, núm. 953, p. 1.